

La construcción de las mujeres en *Los cuatro espejos*, de Quince Duncan

Silvia Elena Solano Rivera

Universidad de Costa Rica

Abstract: En este artículo analizo la construcción de las mujeres que aparecen en la novela *Los cuatro espejos* (1973), del escritor afrocostarricense Quince Duncan Moodie (1940-). Mi lectura parte de una perspectiva de género. A través del análisis de las construcciones femeninas presentes pongo de relieve la instrumentalización de las mujeres, las cuales se encuentran inmersas en un sistema de dominación que conjuga el patriarcado y el racismo.

Keywords: escritores afrodescendientes, Quince Duncan, construcción femenina, patriarcado y racismo.

El racismo y el machismo beben en las mismas fuentes y escupen palabras parecidas.

Eduardo Galeano



En este artículo analizo la construcción de las mujeres que aparecen en la novela *Los cuatro espejos* (1973),¹ del escritor afrocostarricense Quince Duncan.² Esta novela narra la historia de Charles McForbes. Charles es un afrodescendiente que después de asistir a una conferencia sobre minorías raciales en Costa Rica se ve reflejado en los datos de dicha conferencia; pero, el

¹ Novela que concursó en el Certamen Editorial Costa Rica 1972 bajo el título *Las cadenas de Dios* y que ganó Mención honorífica en el mismo, sin embargo el autor “luego decidió cambiarle el título” (Hurtado citado en Acosta10). El título *Las cadenas de Dios*, acentúa el carácter sumiso de Charles, quien desde el inicio es “incapaz de romper las cadenas, limitado por designios externos” (Duncan 8) y a pesar de su viaje y su aprendizaje a través de él, concluye de igual manera, sometido a las cadenas de su esposa, representante de la cultura de la élite josefina autoconfigurada blanca, quien le niega el divorcio: “todos estamos encadenados. Son cadenas de Dios” (Duncan 163) y es también esclava de su condición de mujer y su estatus social

² Autor de los siguientes textos literarios: *El pozo y una carta* (1969), *Bronce* (1970), *Una canción en la madrugada* (1970), *Hombres cortidos* (1971), *Los cuatro espejos* (1973), *Los cuentos del hermano Araña* (1975), *La rebelión de Pocomía* (1976), *La paz del pueblo* (1978), *Final de calle* (1979), *El trepasolo* y *Walker el filibustero* (1983), *Los cuentos de Jack Mantorra* (1988), *Kimbo* (1989), *Un señor de Chocolate* (1996), *Un mensaje para rosa* (2007) y *La audacia final de la inmigrante* (2012).

descubrirse como discriminado e inserto en una sociedad discriminante quiebra totalmente su realidad; al punto de que al día siguiente de la conferencia despierta sin poder mirar su rostro en el espejo. En la búsqueda de una solución a su problema de “visión” Charles emprende un viaje a su natal Estrada y posteriormente a Limón, viaje físico que se conjunta con un viaje psicológico que lo lleva a recordar cómo fue que llegó a San José y se casó con Ester Centeno, mujer blanca y de familia acomodada. Es en medio de este viaje que Charles empieza a preguntarse por su identidad y descubre con horror que es negro. Sin embargo, pese a los cuestionamientos que el viaje le suscita, Charles regresa rápidamente a San José y al ver a su esposa deja de lado todo lo que el viaje le ha suscitado y se somete a las cadenas de su esposa Ester, al lado de la cual puede volver a ver su rostro sonriente en el espejo.

Si bien en torno a dicha novela se han realizado varios estudios;³ ninguno de ellos parte de una perspectiva de género ni mucho menos se centran en las mujeres. A pesar de esto, juzgo conveniente referirme a uno de ellos, pues aunque no parte desde este enfoque, sí hace hincapié en algunas de las mujeres que figuran en la novela. Me refiero al artículo “Mujer blanca y mujer negra: fascinación, exotismo y discriminación étnico-cultural en las letras costarricenses” (2014) de Jorge Ramírez, en el que se dedica un apartado al análisis de la novela en estudio: 1.2.2 *Los cuatro espejos* o el proceso de blanqueamiento.

En él, Ramírez señala:

El texto nos ubica entre los dos extremos posibles del mundo racial: el negro y el blanco, siendo considerado negativo el mundo negro y positivo el mundo blanco. En medio de esos dos mundos están los mulatos, quienes en ningún momento deben mirar hacia atrás (casarse con una negra), sino en el lugar que están (casarse con otra mulata) o hacia adelante (casarse con una blanca). De este modo queda invocado el sistema de castas y el proceso de blanqueamiento impuesto por la lógica racista del colonialismo español. En este proceso de blanqueamiento la mujer, mulata o blanca, cumplirá una función particular: servirá de puente o de escalera de ascenso social, económico y racial a los

³ En el ámbito costarricense se encuentran los trabajos de Nuria Cordero y Rocío Álvarez *Los cuatro espejos como relato de identidad* (Tesis. 1978), de María Acosta *Lo estructural y lo psicológico en Los cuatro espejos y El negro antillano: inmigración y presencia* (Tesis. 1984), de Edwin Salas “Identidad cultural del negro en las novelas de Quince Duncan. Aspectos temáticos y técnicos” (1987), de Elena Valverde “*Los cuatro espejos* de Quince Duncan y la representación del sujeto subalterno afrocaribeño” (2007) y de Jorge Ramírez “Mujer blanca y mujer negra: fascinación, exotismo y discriminación étnico-cultural en las letras costarricenses” (2014). Asimismo, en el ámbito estadounidense se hallan los siguientes trabajos: “Invisibility, Double Consciousness, and the Crisis of Identity in *Los cuatro espejos*” (1987), de Dellita Martín, “Quince Duncan’s *Los cuatro espejos*: Time, History and New Novel” (1991), de Alan Persico, de Anita Gallers, el cuarto capítulo de su tesis *Eslavementan Masculinity in Afro-Hispanic Narrative* (2000): “Un ser que una vez quiso ser hombre’: Sexuality and Racial Identity in Quince Duncan’s *Los cuatro espejos*”.

McForbes. Dicho ascenso será más acentuado o progresivo cuanto más blanca sea la mujer con que se case.⁴

De igual modo, el estudioso apunta que Charles realiza una escalada de mujeres que podemos dividir en tres grupos, según su condición étnica, geográfica y socioeconómica. El primer grupo lo constituyen las mulatas Lorena, Mills, Victoria y Ruth, oriundas de Estrada y de una condición socioeconómica baja. En el segundo grupo está Engracia, mujer blanca, oriunda de Grecia y de una condición socioeconómica media. Y el tercer grupo lo conforman Magdalena y Ester, de San José, blancas y pertenecientes a una condición económica alta.

E indica además las razones por las cuales Charles terminará con Engracia: es la encarnación de la bella mala y es más vieja que él. Pese a todo, Charles admira la blancura y la luz que irradia. Además, Engracia sirve para que Charles recuerde que su madre es mulata y que él va camino al blanqueamiento. Engracia lo aproxima racial, económica y geográficamente a su meta: casarse con una blanca acomodada de San José. Estamos ante un Charles interesado y arribista, que instrumentaliza las relaciones amorosas en función del beneficio material y racial.

Más allá de una instrumentalización de las *relaciones amorosas*, veremos que a partir de una lectura desde la perspectiva de género se revela una instrumentalización de las mujeres, las cuales se encuentran inmersas en un sistema de dominación que conjuga el patriarcado y el racismo. En relación con este último, Ramírez concluye que “Ester aparece bajo el papel del conquistador-colonizador blanco que encadena al negro. Charles termina como al principio de la novela: ‘me sentí incapaz de romper las cadenas’ (p. 8)”. Sin embargo, como pondré de relieve, la figura de Ester es más compleja, pues ella también está encadenada, pero a otro sistema de dominación: el patriarcado.

Mujeres diversas

Como deja claro el artículo de Ramírez, las mujeres que aparecen en la novela no son de un único lugar geográfico, cultural, intelectual o socioeconómico, ni de una misma edad ni etnia. Por el contrario, la novela nos presenta un amplio abanico de mujeres, incluso mucho más amplio que el abordado por Ramírez, de ahí que este ensayo las agrupe de modo distinto.

⁴ Se trata de un artículo en prensa facilitado por el profesor Ramírez, razón por la cual no se pueden señalar aún los números de página correspondientes. En él, Ramírez aborda cuatro muestras de la literatura costarricense del siglo XX “para poner de relieve el sesgo étnico-cultural de los autores vallecéntricos”. La muestra está constituida por “La negra y la rubia” (1920), de Carmen Lyra, *Cocorí* (1947), de Joaquín Gutiérrez, *Los cuatro espejos* (1973), de Quince Duncan, y *Límón blues* (2002), de Anacristina Rossi.

Mujeres anónimas y cosificadas

En *Los cuatro espejos* encontramos una serie de mujeres apenas esbozadas, carentes de nombre, dichas mayoritariamente por Charles. Se trata de mujeres desconocidas por el protagonista y cuya aparición se da, en ocasiones, de modo particular en pares con el propósito de resaltar el contraste entre lo blanco-bello y lo negro-feo.

El primero de estos pares lo constituyen la esposa del doctor Pineres y la empleada doméstica de la casa Pineres. Nótese que ninguna de estas dos mujeres tiene nombre propio. Pero, sí se destaca de la primera el apellido de su marido como un signo de prestigio social y alcurnia, aunque no es suficiente señalar el apellido sino que además se subraya el hecho de que es la esposa de un Doctor, figura que a lo largo de la novela se configura como voz autorizada y autoritaria, representante de la racionalidad occidental y del centro cultural hegemónico del país. De manera que esta mujer es tomada en cuenta no como persona sino como objeto de su esposo, y como tal es descrita por Charles: “bella, esbelta, de largos cabellos rubios, ojos verdes y labios muy finos” (Duncan 21). Como se puede apreciar, se trata de una descripción meramente física, centrada en la parte superior corporal; lo que da como resultado un retrato de una mujer blanca que coincide con el retrato de la mujer que difundió el Renacimiento español: rostro (ojos, labios) y cabello, en ocasiones también se mencionaba el cuello y las manos, pero en todo caso se trataba de un retrato-busto, lo cual obedecía a una idealización total de la amada.⁵

En contraste, la mujer que trabaja como empleada doméstica con la familia Pineres es descrita por Charles precisamente como el “opuesto” de la señora Pineres: “gruesa, de cabellos cortos negrísimos, labios anchos y piel oscura” (Duncan 21). Al decirlo de esa manera, se evita que el personaje diga explícitamente que la empleada es fea. Sin embargo, a los lectores nos queda claro que la mujer blanca y de clase alta es, para Charles, una mujer bella, digno objeto de contemplación. Mientras que la mujer negra y de clase baja no califica como objeto estético, solamente como obrera.

Del mismo modo, mientras Charles camina hacia la casa del doctor Díaz observa a dos grupos de mujeres: “las mayores, luciendo sus piernas blancas en la luz matinal y a las puertas las empleadas, con su tela barata, delantal, su escoba y sus piernas dispares” (Duncan 22). Es decir, por un lado las señoras del “aristocrático barrio” (Duncan 22) y por otro las empleadas domésticas: las primeras blancas y las últimas

⁵ Como señala Manero, el canon corto petrarquista “elige en su *descriptio* las partes del rostro que estéticamente, le interesa destacar: cabellos, ojos, frente, mejillas y boca y renuncia, precisamente para potenciar esta visión selectiva, del resto de posibilidades anatómicas”, aunque “mantiene la parte desde siempre privilegiada junto al rostro: el busto; el cuello y seno”. Y “no sólo conserva sino enfatiza la presencia de la mano, la mayoría de las veces anatómicamente desarticulada”. Este tipo de retratos llenan la lírica española del siglo XVI, la cual centra “la *descriptio* en las partes del rostro consideradas estéticamente nobles” (259).

dispare y menospreciadas por su extracto socioeconómico, lo que apunta a que la belleza femenina se construye en la novela no solo en dependencia de la blancura sino también de la posición socioeconómica.

En concordancia con el discurso dicotómico que Charles expresa con respecto a las mujeres anteriores, se encuentra el del doctor Díaz. Mientras Charles y Díaz van en automóvil al consultorio, observan a dos mujeres distintas. La primera es descrita por Charles como “una joven guapa, casi desnuda, vestía colores sicodélicos apenas” (Duncan 24) y en palabras de Díaz como una “copita de helados” (Duncan 24). La segunda mujer que observan es, según Charles, “una negra en minifalda [...]. Sus piernas gruesas, bien formadas, sus pechos rellenos, frescos” (Duncan 24) y de acuerdo con Díaz, se trata de una “negra descarada” que se viste “a lo relajado como si estuviera en Limón” (Duncan 24).

De este pasaje me interesa resaltar dos aspectos: 1) la belleza inherente a la blancura: la joven guapa es blanca, aunque no se nos diga, pues de acuerdo con los criterios del personaje a lo largo de la novela, la belleza es una cualidad inherente a la blancura. Además, la cualidad de ser blanco comúnmente es elidida, ya que no se considera necesario señalar que una *persona* sea blanca, se da por sentado que las *personas* son blancas,⁶ mientras que los *otros* son indios, negros, chinos, etc. y es preciso ver más abajo de sus pieles para verlos como personas. 2) descripción y trato diferenciado: la descripción que se hace de la mujer blanca, en este pasaje, es la de un todo; a pesar de que como indica Charles estaba casi desnuda. Por el contrario, la descripción que se hace de la mujer negra es fragmentada: piernas y pechos, centrada en zonas sexualizadas ante los ojos masculinos blancos, haciéndose evidente un sesgo no solo patriarcal que ve a las mujeres como objetos, sino también un sesgo racista al ver a la mujer negra como hipersexual y provocadora de la lujuria, pues esta no debe mostrarse, mientras que si la blanca lo hace no hay ningún problema. Lo que comparten estas dos mujeres que cruzan la calle es su poca ropa, la primera va casi desnuda y la segunda en minifalda; pero, para Díaz la primera es una copita de helados y la segunda, una descarada. La mujer blanca es un objeto ya no solo de contemplación, ahora además es comestible, mientras que la mujer negra es descarada y vulgar como *las mujeres de Limón*. Ante esta situación Charles recuerda la conferencia y toma consciencia del trato distinto que Díaz acaba de dar a las mujeres, mas no nota que él ya ha tenido ese mismo trato diferenciado para con la señora Pineres y la empleada, así como para con estas mujeres, pues él también las ha descrito de manera sesgada.

Otra pareja de mujeres aparece en el bar El esqueleto mojado, al que Charles llega. Ambas son prostitutas: una más blanca, nicaragüense, que considera tener prioridad sobre la negra y que quiere estar con Charles porque lo puede besuquear todo sin que a él se le note y además cree que “los negros son ardientes y bailan mucho”

⁶ Sabemos que “no es necesario constatar el adjetivo Blanco al hablar de un sujeto determinado, resulta reiterativo puesto que su omisión connota en sí misma la Blanquitud del individuo aludido” (Manzanares 86).

(Duncan 119). Para Charles esta es una “nica hermosa” (Duncan 120). La otra mujer, menos blanca, se queda con el sujeto que las trajo a ambas a la mesa. Mientras “una hermosa negrita empezó a bailar conga”, con “movimientos rítmicos” (Duncan 116) que despertaron la expectación del público.

En este pasaje, el contraste se da entre la mujer nicaragüense, que también baila posteriormente, y la mujer negra que baila primero. De la blanca se pone de relieve su preferencia por Charles y su visión estereotipada de los hombres negros como hipersexuados y balarines. Y de la mujer negra se destaca su cuerpo y su baile extremadamente sensual. Asimismo, resulta significativo que solamente se le otorgue, momentáneamente, voz a la mujer nicaragüense para que exprese sus prejuicios étnico-culturales.

Aunadas a estas mujeres, aparecen otras en solitario. Por ejemplo, la mujer negra de la Casa Amarilla, la cual Charles trae a colación para tratar de desmentir lo que ha escuchado en la conferencia: negros e indígenas son víctimas de alienación, marginalización y explotación en el país. Charles describe a esta mujer como “una negra de ojos encendidos, pelo alisado, labios pintados de rojo, cejas marcadas, párpados verdes, escote largo que enloquecía a los más apasionados” (Duncan 12) y además hace hincapié en “sus pechos bien perfilados, su cintura... Las negras, cuando jóvenes, suelen tener una cintura increíble” (Duncan 13). Como se puede ver, en un primer momento Charles la describe de acuerdo con el esquema del busto señalado anteriormente en relación con la señora Pineres; pero, no puede contenerse y termina describiéndola de igual modo que a la mujer negra que cruza la calle: de manera fragmentada y centrada en los pechos y la cintura, característicos del estereotipo de la negra o mulata hipersexual o sensual. Incluso, Charles rematará diciendo: “lo que quiero decir es que la negra era linda a pesar de su color” (Duncan 13), dejando claro que la belleza no es una cualidad propia de las mujeres negras, sino de las blancas. Esta mujer sufre un proceso de cosificación tal, que es hasta el final del pasaje que Charles nos dice “Ivonne. Así se llamaba la negra” (13).⁷

De rápida aparición se encuentran también una mujer blanca a la que atienden primero que a Charles en la farmacia. La función de esta mujer radica en establecer un contraste en el trato, pues Charles se pregunta si la atienden primero por ser mujer o por ser blanca. Asimismo, se hacen presentes “una hermosa rubiecita” (Duncan 23) que Charles ve mientras camina hacia la casa del doctor Díaz, Manuela empleada doméstica en casa de Ester y Charles y, la Pelirroja, presunta prostituta mencionada cuando el Puma y Charles comenzaron a frecuentarla junto con “cantinas de mala fama” como parte del “descenso del pastorado a la nada” (Duncan 154) de Charles. De igual manera se encuentran las “muchachas de Castillo” (Duncan 18), las cuales visten “pantaloncitos

⁷ Ubico a Ivonne junto con estas otras mujeres sin nombre porque al igual que ellas tiene una aparición fugaz y se nos muestra apenas un esbozo suyo. Además de que su descripción concuerda con la de algunas otras incluidas en este apartado.

calientes, blusita tallada y botas” (Duncan 18), pues trabajan en el prostíbulo de Castillo, un exiliado cubano.

Este primer apartado permite construir un modelo físico-estético de mujer que Charles aspira poseer: una mujer blanca, joven, de clase alta y bella. Es decir una mujer aristocrática que le otorgue a él igual condición étnico-cultural e igual estatus socioeconómico. Y por otro lado, se construye también un modelo de mujer negra como una mujer en función del placer sexual que le brinde al varón.

Linaje materno: la maldición oscura

En relación con las figuras maternas que tienen lugar en la novela, podemos destacar a Aminga Vidaurre, madre de Ester, a María, la madre de Lorena Sam, a la abuela y la hermana de Cristian y a la madre de Charles. Todas estas figuras comparten el hecho de aparecer configuradas como portadoras de un mal, sea su linaje impuro o su rechazo abiertamente racista hacia sus hijos o hacia los negros en general.

En el primer caso, Aminga Vidaurre, madre de Ester y esposa del doctor Centeno, carga con ambos males: es, según Charles nos relata, “guanacasteca”, con “sangre de negro. Sangre de una Castilla mulata” (Duncan 75). Y además, rechaza a Charles: “Te casaste con un pelagatos y de feria negro” (Duncan 100). Es decir, se trata de una mujer que desdeña su origen y que además se nos deja entrever que ha llegado al punto culmen de un proceso de blanqueamiento, evidencias que procura borrar de su pelo y del de su hija: “Todas las mañanas de lunes a viernes pasaba a la casa de Ester, para desayunar y ayudarla con su pelo. (Charles insistía en que ella conservase el pelo largo). Y se iba a media mañana al salón de belleza” (Duncan 110). En relación con esta preocupación por el cabello, conviene recordar que para la mujer mulata o mestiza el cabello constituye un elemento diferenciador, pues como indica Del Valle “es el pelo lo que marca una frontera entre ser blanca y parecer blanca” (90). Razón por la cual, estas mujeres tienden a invertir mucho tiempo y dinero en tratamientos que transformen el cabello rizado en lacio y poder así encajar en el modelo de belleza occidental.

Por su parte, María, la madre de Lorena Sam, es presentada como una mala madre que en avanzado estado de embarazo decide que “no quería tener el hijo de un brujo negro” (Duncan 96), porque recordemos que Lorena es hija de un obeahman. María es mostrada como el antimodelo de madre, subvirtiendo su nombre bíblico y el modelo de mujer que representa: madre ante todo, una madre pura, virginal y dedicada en absoluto a su hijo.

La abuela y la hermana de Cristian Bowman siguen una misma línea: la abuela es descrita como feroz capataz de los esclavistas: “El chilillo mordiente en las manos de su abuela, su severidad, su castigo por no haber hecho lo que otro tuvo la osadía de hacer. Nunca látigo alguno ardió tanta carne” (Duncan 59). La hermana de Cristian se suma al rechazo de su padre y su madrastra hacia Cristian, pues estos la ven “mucho más clara”

(Duncan 61), mientras que Cristian es “más negro que un condenado salvaje africano” (Duncan 61).

Y finalmente, la madre de Charles es apenas mencionada en el texto por algunos recuerdos de Charles que nos permiten observar una continuidad con el proceder de la abuela y la hermana de Cristian.

Sin saber por qué, empecé a pensar en mi madre. Rafael el de las facciones finas. Ah, ya. Creí que era el otro. No, qué va: es demasiado feo. ¿Demasiado feo? Sus dientes blancos subrayan la negrura de su piel en el frío rejuvenecido del apocento. Sí, es negrísimo. Parece un africano. ¡Jesús! Rafael salió al papá: tiene el pelo muy lindo. Pelo español. ¿Sabés? Es así, apenas morenito y con el pelo español (Duncan 121-122).

De esta madre, madre del protagonista, no sabemos nunca su nombre, simplemente que menospreciaba a su hijo por ser mulato, con un cabello que como el mismo Charles dice en determinado momento: lo delataba, pues de no ser por él, bien habría podido pasar por latino. Aunada a esta figura materna de Charles, conviene señalar que su origen más distante lo remonta a la criada de un escocés, apuntando nuevamente a que el mal está en el linaje materno, puesto que el escocés es exaltado como prestigioso, mientras que la criada es vista simplemente como eso, una criada.

En síntesis, todas las mujeres madres que se hallan en esta novela son configuradas en función de ser madres de, además de que aparecen como principales responsables de la difusión de un discurso racista abierto y explícito; así como malas madres, a excepción de Aminga, que rechazan a sus hijos o nietos por sus rasgos fenotípicos. Es decir, estas mujeres son vistas desde los ojos masculinos no solamente como portadoras de una genética contaminada e impura que trae consigo la negritud, que son además racistas y malas madres, sino también como mujeres vanas, preocupadas siempre por las apariencias y el qué dirán.

Niñas y racismo: la diferencia incómoda

Dentro de la novela se encuentran tres niñas: una niña con la que Charles se cruza en la calle, una niña compañera de escuela de Charles y Ester en su infancia. Todas estas niñas se caracterizan por ser blancas, en términos fenotípicos o culturales. Veamos. Charles acaba de entrar en crisis, pues acaba de verse en el espejo y ha visto su rostro negro, luego de un altercado sale corriendo y escucha: “Una niña gritó con rabia, ‘negro desgraciado’” (Duncan 31). Si bien no se nos da ninguna descripción de esta niña, sabemos que en ese momento Charles se encuentra aún en San José y el discurso de la niña corresponde al del centro cultural hegemónico.

Del mismo modo que el discurso de la Ester niña, la cual “no quiso a los negros” (Duncan 101), gracias a la desdeñable educación que le dieron su prima Magdalena y la empleada doméstica, quienes le azuzaron un gran temor hacia Abrahams, “el negro jardinero” (Duncan 102), diciéndole que él le iba a comer y que además era sucio. Ya en el colegio, el odio de Ester hacia los negros se agudizó al tener de compañero a uno.

De modo distinto, la niña que compartió el aula escolar con Charles no es portadora de este discurso abiertamente racista sino que es la que insta la diferencia. Esta niña es “hermosa de ojos celestes y cabellos rubios” (Duncan 114) y lanza una pregunta a la maestra: “Niña, ¿por qué él es tan negro?” (Duncan 114), recayendo sobre la mujer el papel de diferenciadora y distanciadora, mismo que se complementa con la tardía y poco convincente respuesta de la maestra:

La maestra por su parte fue incapaz de actuar en forma natural. Cuando habló, ya era demasiado tarde para que no comprendiéramos que algo estaba terriblemente mal en el mundo, desde que una diferencia que ninguno de nosotros había provocado, nos dividía, superando los vínculos de cariño que nos habían ligado durante todos estos años.

Era evidente que la maestra tampoco se atrevía a definir a Walker. Y dijo con un agudo tono de disculpa: todos somos iguales ante Dios. Y descubrimos a ciencia cierta que ante los hombres sí éramos diferentes (Duncan 114).

A parte de la feminización del racismo, que al ponerse en boca de niñas obtiene un carácter original, es decir, inicial: desde la más tierna infancia las niñas son racistas. Resulta alarmante el hecho de que las personas más jóvenes dentro de la novela tengan el mismo discurso racista de las personas de mayor edad, lo cual da cuenta de la gravedad del racismo en nuestro país. Por otra parte, el discurso de estas niñas-hijas, es congruente con el señalado en el apartado anterior con respecto a las mujeres madres, dando como resultado que la mujer tenga el papel de generadora, difusora y continuadora del racismo. No se evidencia la doble opresión de la mujer envuelta en el sexismo y el racismo, sino que se le responsabiliza de este último, pues en última instancia si Charles es un mulato que reniega de su origen negro y Ester una *blanca* que se encaprichó con un mulato ardiente, la crianza que han recibido, patriarcal y racista, a cargo de sus madres ha sido un factor fundamental.

Mujeres dichas: Mill, Nabe, Ruth, Clarita de Duke, Victoria, Engracia, Dora París y Magdalena

En concordancia con la tónica señalada hasta el momento con respecto a las mujeres ya analizadas, este grupo de mujeres también son dichas por la voz masculina del protagonista y la mayoría conforman el camino escalonado hacia el blanqueamiento que Charles traza de Lorena Sam hacia Ester Centeno, a excepción de Clarita de Duke y Nabe Bowman que como veremos no tienen ninguna relación íntima, sentimental o

carnal con Charles. Ahora bien, la valoración de estas mujeres se encuentra determinada por su procedencia étnico-cultural y socioeconómica, pues Charles busca el modelo de mujer que ya hemos señalado: blanca, joven, bella y aristocrática, que le dé legitimidad como varón blanco entre los blancos.

Mientras Charles se encontraba en Limón, casado con Lorena Sam, tiene “un desliz” (Duncan 151) con Mill, mujer descrita como “bonita, de pelo algodónado y caderas rítmicas” (Duncan 151). Nuevamente, la visión que se tiene de la mujer negra es fragmentada y estereotipada. Debido a este *desliz*, Mill es vista por Lorena como “una coja estúpida, idiota y sometida” (Duncan 84), mostrándonos al estereotipo de las mujeres en rivalidad por un hombre y la visión sesgada de Charles como hombre absolutamente machista quien trata su infidelidad como *un desliz*, mientras que cuando Lorena es drogada y violada por Cristian, él la culpa por dejarse embarazar de su enemigo y le propina una “paliza” (Duncan 83).

Otra de las mujeres negras limonenses es Nabe Bowman, con quien Charles no tiene ninguna relación íntima o sexual, porque es la esposa de su principal enemigo Cristian. El narrador en tercera persona es quien nos describe a Nabe como “figura de carbón encendido” (Duncan 55) por su piel negra y el estereotipo de mujer negra ardiente. Como se puede ver, la mujer negra siempre está asociada al objeto de placer sexual, sea que su descripción se haga de manera fragmentaria o no.

Durante la agonía de Lorena, se da una confrontación entre Ruth Viales y Clarita de Duke. Ruth aparece como hija de un obeahman y por tanto cree firmemente que a Lorena la mató un dopí, explicación demasiado “mágica” (Duncan 41) para Charles. Además, en un pasaje posterior es dibujada como una mujer ignorante que desconoce la diferencia entre “burguesa y turquesa” (148). Mientras que Clarita, enfermera del pueblo es vista, como su nombre lo indica, como la claridad mental, la racionalidad occidental a la que Charles cede, dejando de lado “el mundo mágico de sus padres” y su “cosmogonía” (Duncan 42). Aunque a un final esta racionalidad será inútil e inoperante para salvar la vida de Lorena, quien muere en San José, en manos del reconocido doctor Centeno, director del Hospital Nacional.

Hablemos ahora de Ruth, Engracia y Victoria. Estas tres mujeres son frecuentadas al mismo tiempo por Charles, una vez muerta Lorena. Ruth es vista como la amiga de la familia, que cuenta con la alcurnia que le otorgan el ser hija de un obeahman y estar entrada en años. De su físico se dice que tiene un “pelo negrísimo” (Duncan 43), que “no es bonita” (Duncan 148), pero es agradable y además ha sido fiel a sus amigos y aferrada a la creencias de su pueblo. En términos sexuales, Charles la define como “montaña”, mientras que a Engracia Peña la describe como “volcán” (Duncan 143).

Engracia es descrita como “una mujer exótica de Grecia”, con “piel blanca” y “cabellera de maíz” (Duncan 139-140), pero a pesar de su blancura y clase social no califica para Charles porque es una mujer casada y no pertenece al centro cultural hegemónico, mientras que Ruth es una mujer negra, tanto étnica como culturalmente

hablando y además entrada en años. Victoria por su parte es descrita de acuerdo con el retrato de la mulata sensual: “cuerpo esbelto, rostro sudoroso, labios rojizos, figura atlética y cintura llamativa” (Duncan 145) y como madre modélica: “mujer ejemplar, buena madre, gran mujer” (Duncan 143). Destáquese aquí que la Victoria sensual es anterior a la Victoria madre del único hijo de Charles y que por tanto este le niega la posibilidad de ser una mujer madre y sexualmente atractiva, ambas categorías son excluyentes una de la otra.

Ya en San José, Charles se relacionará con otras mujeres, agregando al modelo femenino buscado (mujer blanca, adinerada, joven y bella) la característica de ser una mujer *de bien y en su lugar*. Por ejemplo, Magdalena, prima-hermana de Ester Centeno es vista por Charles como “un vaso de agua” (Duncan 14) para un sediento, es decir, nuevamente una visión de la mujer como una alimento comestible y pasajero de modo similar a la *copita de helados*, incluso podríamos decir que estas dos son de igual extracto socioeconómico: pertenecen al mismo barrio aristocrático; sin embargo, Magdalena es adoptada y es una mujer que carga con el estigma de su nombre: frecuenta los bajos mundos de la pandilla del Puma y está involucrada en asuntos de drogas. Charles no solo busca una mujer blanca, joven y bella, sino *buend*⁸ y de alcurnia verdadera que lo convierta en un hombre de prestigio en medio del centro hegemónico cultural autoconfigurado blanco.

Es por esto último que una mujer como Dora París, a pesar de ser de “mejillas rosadas”, o sea, blanca, no cumple con los requisitos que le proporcionen a Charles ese prestigio, pues tiene “ojos achinados”, “azabache” y “labios ardientes” (Duncan 26) y además, aunque sea josefina, Charles la ve como una mujer encadenada a su religión evangélica que le prohíbe bailar y beber. Aunque, más allá de las prohibiciones evangélicas, el factor religioso en sí se convierte en otra característica del modelo de mujer anhelado por Charles, pues para cumplir con los requisitos del centro hegemónico cultural es necesario que se trate de una mujer católica como lo será Ester. Tal y como señala Ramírez hay en esta escalada de mujeres que hace Charles un claro propósito de ascenso racial y económico, además de un proceso de introducción al centro hegemónico cultural josefino. Es interesante observar la importancia que se le otorga al factor socioeconómico, pues las mujeres blancas no aristocráticas son construidas en el texto de la misma manera que las mujeres negras: como objeto sexual de placer para el hombre. Mientras que Clarita, única mujer hasta el momento, ligada a la racionalidad no es cosificada, no tenemos de ella ningún atributo físico, negándosele a la mujer la posibilidad de poder ser inteligente y bella.

⁸ Es preciso recordar aquí que de acuerdo con Manero, en el canon corto petrarquista de la lírica española del siglo XVI, “la belleza corporal es signo visible de la perfección moral de la dama, traduce y anticipa su virtud” (258).

Mujeres en contraste: Ester Centeno y Lorena Sam

Las dos mujeres que se encuentran en los extremos del proceso de blanqueamiento de Charles son Lorena Sam y Ester Centeno. Lorena, primera esposa con quien vivió en Limón y Ester, segunda esposa con quien vive en San José. Estas dos mujeres constituyen el principal contraste entre la mujer negra y la mujer blanca y tienen la particularidad de que debido al vínculo más cercano con Charles no solamente son dichas por él, sino que en pequeños momentos se les cede el habla.

Ester: de niña racista a adulta “tolerante”

Como se señaló anteriormente, Ester fue una niña racista. Sin embargo, en su proceso de madurez, va dejando ese discurso de lado o al menos ocultándolo, al punto de que al conocer a Charles dice haber descubierto en él una profunda humanidad. A pesar de ser una mujer con educación, el narrador en tercera persona la hace ver como una persona sesgada, pues aunque ha leído sobre la historia de la esclavitud y sobre el doctor King, prefiere quedarse con la idea de que “el negro desciende del mono” y es un ser “permanentemente inferior” (Duncan 107). Lo cual queda bastante claro cuando ella emprende ante su padre la *defensa* de Charles: “Charles es como el fuego”, “es una persona extraña; no es ni negro, ni blanco. Está más allá de esas definiciones. Tal vez sea satánico: una mezcla extraña en todo caso” (Duncan 111), primero lo liga al estereotipo del negro ardiente e hipersexual y termina tachándolo de satánico por ser una mezcla, en congruencia con el discurso de los conquistadores españoles que satanizaron lo híbrido o mestizo.⁹

La Ester adulta parece haberse encaprichado con Charles: “Charles es como el fuego. Una huye porque el fuego quema. Pero una necesita el fuego, papá. Las llamas lo arrasan todo, pero una necesita el calor que dan” (Duncan 111) o estar con él por haberla salvado de una violación, como argumenta el doctor Centeno. A pesar de que Ester parece entrever que realmente su matrimonio se debe al blanqueamiento que Charles busca, pues al verse en el espejo ella se nota verdaderamente demasiado blanca, anhela que el conferencista no tenga razón; pues como blanca aristócrata ha debido ir en contra de sus amistades y su familia para casarse con un mulato y ahora dentro de esa institución patriarcal que es el matrimonio católico y sujeta a las estrictas normas sociales que rigen su posición, está condenada a permanecer con él a pesar de todo, es aquí donde ella interviene: “no quiero que me dejés”, “todos estamos encadenados. Son cadenas de Dios” (Duncan 163). Pues dentro de su círculo social sería sumamente reprochable ser dejada por el marido, máxime por un marido mulato considerado inferior en todos los sentidos.

⁹ Pisonero señala que la monstruosidad “es producto del peor de los pecados: la mezcla, la unión sexual con el otro inferior, o bien con lo superior maléfico (los demonios)” (75). Y Bello apunta que la demonización constituye una de las formas de deshumanizar al otro (Cf. 17).

Ester está atada a la sociedad patriarcal y racista en la que vive, y Charles la describe para él como “atadura” y “malecón” (Duncan 9). En cuanto a la descripción que de ella hace Charles, es destacable el hecho de que si bien no presenta una visión fragmentada, sí hay una cosificación clara al señalar que “el cuerpo de Ester” (Duncan 9) es la plenitud de su existencia, su concreción. Ester no es tomada como mujer-persona, sino como cosa-objeto que legitima su nuevo estatus social, tal y como se muestra durante su ingreso al Teatro Nacional: Ester es un objeto de exhibición, un trofeo para mostrar en sociedad.

El retrato de Ester es particular porque además del aspecto físico: “porte distinguido”, “elegancia griega”, “grandes ojos”, “ligeros rasgos germánicos”, “dedos delgados”, “mejillas rosadas”, “cabellos de trigo” y “ojos celestes” (Duncan 10-11), se incluye la historia de su linaje y alcurnia que no tenemos en la descripción de ninguna otra de las mujeres explicada tan detalladamente. Asimismo, es una mujer a la que se le dan calificativos que van más allá de lo físico: “pericia”, “inteligente” y “simpática” (Duncan 10-11), siendo de suma importancia el hecho de que se destaque su inteligencia, aunque no haya ningún recuerdo o anécdota que lo apoye.

Lorena: la mujer “indomable”

Lorena Sam es vista por Cristian Bowman como un mero objeto sexual para su uso, pues este teje un ardid para violarla. Sin embargo la visión que Charles tiene de ella es bastante similar, en tanto que al ser ella violada y quedar embarazada se convierte en objeto de deshonor para él y le propina una paliza (Duncan 83). Por otra parte, Charles la describe como “figura clara de mulata y pelo crespo” (Duncan 124), y sobre todo como una mujer de “espíritu indomable” y “voluntad de acero” (Duncan 123), aspectos estos últimos que la acercan más a la libertad nunca vislumbrada por Ester.

Asimismo, cuando Lorena tiene la palabra expresa a su padre lo siguiente respecto al matrimonio: “es que, papá... si me caso va a creer que es dueño mío y va a hacer lo que le dé la gana conmigo. Yo no quiero sentirme amarrada a nadie y de todos modos ya soy su mujer” (Duncan 82). Como se puede observar el concepto de matrimonio que maneja Lorena es negativo porque le restringe su libertad como persona y además, expresa también una libertad sexual que Ester no tuvo, pues la cultura y la sociedad en que vivía le exigían conservar su virginidad. De este modo, Lorena se configura como una mujer de pensamiento mucho más abierto y avanzado que Ester. Mientras que en términos físicos, resulta interesante que su descripción se ajuste más a la ya mencionada del busto del Renacimiento español, con la salvedad de que incluye sus pies y que siendo una mujer negra, no se muestra en ningún caso una visión estereotipada de su cuerpo hipersexuado a través de los pechos y la cintura, como sí es recurrente en las descripciones de otras mujeres negras-mulatas.

Otro aspecto importante del pensamiento de Lorena es el hecho de que ella sí tiene la capacidad de relacionar el proceder de un negro que odia a su misma gente,

como Cristian, con el blanco esclavista (Duncan 88-89), cosa que Charles al concluir la novela no ha sido capaz de ver en sí mismo. En este sentido Lorena aparece como una mujer de pensamiento más profundo que Ester y con mucha más claridad para comprender las situaciones que el mismo Charles.

Conclusiones

Como se pudo ver, prima en *Los cuatro espejos* una visión negativa de la mujer, ya que si se trata de mujeres negras-mulatas o blancas de clase baja estas son construidas discursivamente como objetos de uso pasajero para el hombre, mientras que las mujeres blancas, de clase alta y buenas son construidas también como objetos, pero ya no tanto de placer, sino de exhibición.

Al parecer, la mujer blanca de clase alta, cuyo retrato coincide con el busto femenino elaborado por el Renacimiento español en su idealización de la amada, se acerca a la figura de la mujer ángel, pues se trata de una mujer pura, virginal y bella. Mientras que por el contrario, la mujer negra-mulata o la mujer blanca de clase baja es representada por una mujer demonio o mujer fatal, ya que su característica principal es encender el fuego de la lujuria en los hombres, por tanto ella misma carga con la culpa de provocar al sexo masculino, a quien deben exculparsele todas las infidelidades, ya que no es su responsabilidad, sino de estas malas mujeres.

Ahora bien, siendo que al final de cuentas se trata a todas las mujeres como objetos, diferentes, pero objetos al fin, resulta fundamental señalar el hecho de que la mujer siempre es descrita en términos de su apariencia y muy rara vez considerando sus sentimientos y sus pensamientos.

En conclusión, dado que se tiene a la mujer por objeto, no resulta extraño que Charles las utilice como instrumentos de ascenso étnico-cultural y socioeconómico. Pero, pese a que la figura de Ester se configure hacia el final de la novela como superior a Charles y encarne la figura del conquistador al encadenarlo con cadenas religiosas, ciertamente su función de encadenante le viene dada por una sociedad racista y patriarcal que ya la ha condenado por casarse con un mulato y probablemente la lapide si este la deja, lo que la hace aceptar su papel de instrumento de legitimación de Charles. Por esta razón, en términos de libertad, el que Ester encadene a Charles no la hace más libre que él, ambos están sujetos a dos sistemas de dominación: sexismo y racismo. Sin embargo, conviene tener presente que como bien destaca Grosfoguel, que el racismo es “una jerarquía global de superioridad e inferioridad sobre la línea de lo humano que ha sido políticamente producida y reproducida como estructura de dominación durante siglos por el ‘sistema imperialista / occidentalocéntrico / cristianocéntrico / capitalista / patriarcal / moderno / colonial’” (93). Y que

las personas que están arriba de la línea de lo humano son reconocidas socialmente en su humanidad como seres humanos con subjetividad y

con acceso a derechos humanos/ciudadanos/civiles/laborales. Las personas por debajo de la línea de lo humano son consideradas sub-humanos o no-humanos, es decir, su humanidad está cuestionada y, por tanto, negada (93).

Donde los sujetos localizados en el lado superior de la línea de lo humano viven en lo que Fanon llama la 'zona del ser', mientras que aquellos sujetos que viven en el lado inferior de esta línea viven en la 'zona del no-ser'" (94), de manera que "la raza constituye la línea divisoria transversal que atraviesa y organiza las relaciones de opresión de clase, sexualidad, y género a escala global". Si bien la interseccionalidad de estas relaciones de dominación (feministas negras) o la colonialidad (Quijano) se da en ambas zonas del mundo, Fanon señala que la

experiencia vivida de las diversas opresiones y la manera particular como ocurre la interseccionalidad es diferente en la zona del ser en comparación con la zona del no-ser. En la *zona del ser*, los sujetos, por ser racializados como seres superiores, no viven opresión racial, sino privilegio racial. [...]. En la *zona del no-ser*, debido a que los sujetos son racializados como inferiores, ellos viven opresión racial en lugar de privilegio racial. Por tanto, *la opresión de clase, sexualidad y género que se vive en la zona del no-ser es cualitativamente distinta a como estas opresiones se viven en la zona del ser* (Grosfoguel 94. El destacado es mío).

De manera tal que, la opresión que vive Ester en el sistema patriarcal que habita, dentro de la zona del ser, no es equiparable de ningún modo con la opresión que Charles experimenta en la zona del no-ser.

Por su parte, Lorena, quien tiene un concepto claro del matrimonio como institución que le coarta su libertad, aunque finalmente termine casada con Charles, pareciera ser una mujer con mucha más libertad que Ester, sobre todo por el alcance de sus pensamientos: puede ver en Cristian al esclavista, puede reconocer en su gente que el mal viene del conquistador que los azotó por tantos años, cosa que no ocupa a ninguna otra mujer de la novela. Las figuras maternas son reproductoras del discurso racista y formadoras de hijos e hijas racistas y disconformes con sus orígenes, nunca se detienen a cuestionar el sistema, del mismo modo que Charles nunca vislumbra que se ha transformado culturalmente en un blanco racista.

WORKS CITED

- Acosta Rodríguez, María Eugenia. *Lo estructural y lo psicológico en: Los cuatro espejos y El negro antillano: inmigración y presencia*. Tesis. San José: Universidad de Costa Rica, 1984.
- Bello Reguera, Gabriel. "De la demonización al racismo (sobre la deshumanización del otro)". *Criterio Jurídico* 2 (2008): 9-24.
- Cordero Solís, Nuria María y Álvarez Velázquez, Rocío. *Los cuatro espejos como un relato de identidad*. Tesis. San José: Universidad de Costa Rica, 1978.
- Del Valle, Sandra. "Pasar por blanca". En: Cotidiano Mujer y AFM. eds. *Desafíos feministas en América Latina: la mirada de las jóvenes*. Montevideo, 2009: 87-96.
- Duncan Moodie, Quince. *Los cuatro espejos*. San José: Editorial Costa Rica, 1973.
- Gallers, Anita. "'Un ser que una vez quiso ser hombre': Sexuality and Racial Identity in Quince Duncan's *Los cuatro espejos*". En: Gallers, Anita. *Eslavement and masculinity in Afro-Hispanic Narrative*. Tesis. Yale University, 2000: 164-217.
- Grosfoguel, Ramón. "El concepto de racismo en Michel Foucault y Franz Fanon: ¿teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no ser?". *Tabula Rasa* 16 (enero-junio 2012): 79-102.
- Manero Sorolla, María del Pilar. "Los cánones del retrato femenino en el *Canzoniere*. Difusión y recreación en la lírica española del Renacimiento". *Cuadernos de Filología Italiana* (2005): 247-260.
- Manzanares Rubio, Sara. "'Passing for white': Blanquitud y performatividad en la obra de Yinka Shonibare". *Revista Forma* 02 (2013): 83-93.
- Martin Ogunzola, Dellita. "Invisibility, Double Consciousness and the Crisis of Identity in *Los cuatro espejos*". *Afro-Hispanic Review* 2 (1987): 9-15.
- Persico, Alan. "Quince Duncan's *Los cuatro espejos*: Time, History and New Novel". *Afro-Hispanic Review* 1 (1991): 15-20.
- Pisonero, Carmen Gaona. "Estrategias conceptuales de integración desde la Antropología: las 'otredades monstruosas' contra el racismo". *Sphera Pública* 3 (2003): 67-84.
- Ramírez Caro, Jorge. "Mujer blanca y mujer negra: fascinación, exotismo y discriminación étnico-cultural en las letras costarricenses". *Repertorio Americano* 24 (2014. En prensa).
- Salas Zamora, Edwin. "La identidad cultural del negro en las novelas de Quince Duncan. Aspectos temáticos y técnicos". *Revista Iberoamericana* (1987): 377-390.
- Valverde Alfaro, Elena. "*Los cuatro espejos* de Quince Duncan y la representación del sujeto subalterno afrocaribeño". *Revista Pensamiento Actual*: Vol. 7, N 8-9 (2007), pp. 55-63.
- . "Dominican-American Writers: Hybridity and Ambivalence." *Forum On Public Policy On Line: A Journal of the Oxford Round Table*, 2007. 1-16. Web <http://www.forumonpublicpolicy.com/archivespring07/valerio.pdf>

- . "Dominican-American Literature." In: *Encyclopedia of Latino Culture: From Calaveras to Quinceañeras.* Ed. Charles M. Tatum. Santa Barbara, California: ABC-CLIO, 2014. 582-91. Print